

Epifanía del Señor

SANTO DEL DÍA

06_01_2026



Después de que los hijos más humildes del pueblo elegido, los pastores, alabaran a Dios al ver al Niño Jesús en el pesebre, el Salvador «empezó a darse a conocer a los paganos» (san Agustín) con su manifestación, *Epifanía*, a los Magos venidos de Oriente, signo de que todos los pueblos han sido llamados a la salvación, participando en la Iglesia universal a la adoración del Señor. Al ver surgir la estrella, los Magos, sabios persas que pertenecían a la casta sacerdotal de la religión zoroastriana (como indica el mismo término), comprendieron que no se trataba de una casualidad y no dudaron en ponerse

en marcha, enfrentándose a un largo camino, para conocer la Verdad hecha carne. Abiertos y predispuestos a abrazarla, cuando volvieron a ver la estrella que les guió hasta Belén «se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt 2, 10-11*).

Los Magos, una vez recibida la gracia, no se quedaron en el sistema de verdades parciales y engaños en el que habían creído hasta ese momento, sino que abrieron sus corazones y sus mentes al misterio, presentándose ante el Niño con tres regalos ofrecidos con sumo honor, e interpretados desde el inicio del cristianismo como signos mesiánicos: el oro, para indicar la realeza de Jesús; el incienso, para indicar su sacerdocio y la divinidad; la mirra (ya descrita en el Éxodo como uno de los principales componentes del óleo santo, que recuerda a Cristo, es decir, «al Ungido»), utilizada en la preparación de los cuerpos para la sepultura y, por lo tanto, preanunciación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor en expiación de los pecados de la humanidad. Meditando sobre el ejemplo de los Magos -que la tradición cristiana ha identificado con Melchor, Gaspar y Baltasar, y que la Iglesia venera como santos-, san Antonio de Padua dijo: «Así, también los verdaderos penitentes le ofrecen [al Señor] el oro de la pobreza total, el incienso de la oración devota y la mirra del sufrimiento voluntario».

La maravilla de la Epifanía es, de nuevo, el modo divino de comunicarse a los hombres a fin de guiarlos por el camino de la salvación, un modo impensable para los soberbios, dispersos «en los pensamientos de su corazón» y que, en cambio, los Reyes Magos acogieron, como explicó san León Magno en un sermón: «No sin razón, cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no lo vieron expulsando a los demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos [...], sino que vieron a un Niño que guardaba silencioso, tranquilo, confiado a los cuidados de su Madre. No aparecía en Él ningún signo de su poder; mas les ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad. [...] Toda la victoria del Salvador, que ha subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad».

En la solemnidad de la Epifanía se celebra la Jornada de la Infancia Misionera, instituida por Pío XII en diciembre de 1950 e inspirada en la obra del obispo Charles de Forbin-Janson (1785-1844), fundador de la que es conocida, hoy en día, como Pontificia Obra de la Infancia Misionera. Forbin-Janson había sido estimulado por las cartas de los misioneros que estaban en China, que le pedían ayuda para salvar a los niños abandonados y, tras pedir consejo a la beata Pauline Marie Jaricot (que había fundado la Obra para la Propagación de la Fe), lanzó un llamamiento a los niños de Francia,

pidiéndoles que ayudaran a sus coetáneos chinos y a la difusión del Evangelio.

Con el lema «Los niños ayudan a los niños», estos pequeños misioneros se comprometen a dar testimonio de la vida cristiana a través de la recogida de ofrendas a lo largo del año y durante la Jornada (que se utilizan en los lugares de misión para programas de instrucción religiosa, escuelas, hospitales, orfanatos, etc.), el sacrificio y la oración. Siguiendo el espíritu del fundador, cuya intención era precisamente aumentar la conciencia de la naturaleza misionera de la Iglesia, apoyemos a estos pequeños con la oración, para que lleven al Niño Jesús a los niños de todo el mundo. Y, con su ejemplo, acogamos las palabras del Salvador para que seamos «como niños» y, así, entrar en el Reino de los cielos (*Mt 18, 2-5*).